

Ergotizando sobre el título original:
«*Le nez qui voque*» (tamaño equívoco).

De entrada, en francés no existe un verbo «*voquer*»; sí existen «*voguer*» (*bogar*; fig. *vagar*, *errar*) y «*évoquer*» (*evocar*) que, en su acepción de *llamar*, *hacer aparecer por medio de conjuros o magia*, en francés toma por extensión el significado de *interpelar*, *apostrofar*: dirigir en un discurso la palabra de modo vehemente a una o varias personas, presentes o ausentes, vivas o muertas, seres abstractos o cosas inanimadas, o incluso a uno mismo en iguales términos. Este apóstrofe parece más acorde con el incipiente estilo del autor y al espíritu de Rabelais a quien el joven Réjean evoca de forma tácita (y en todas sus acepciones) a lo largo de su obra temprana y al final de la novela. Se podría concluir de llano con la deducción de «*Le nez qui (é)voque*» como título, *la nariz que evoca*; pero, ¿a qué viene este equívoco?; ¿por qué Ducharme omite la «*é*»?; ¿tal vez para evocarla y hacerla aparecer en el lugar preciso o, por qué no, en otro lugar igualmente legítimo donde adquiriera más polivalencia?. Probemos a colocar la «*é*» delante de «*quin*» y sumadas a «*voque*» darán un triple resultado: otro verbo en la misma forma perso-

nal, un adjetivo con doble género y un sustantivo femenino –que en Quebec, dada la confusión de género con los nombres que empiezan por vocal, se emplea en masculino-; esto es, «*équivoque*» (*doble sentido de una palabra elegida en virtud o a pesar de su aptitud para prestarse a diversas interpretaciones*). Ahora el título es bien distinto, «*Le nez (é)quivoque*»; vertido al español, *la nariz equivoca* o, con acento diacrítico, *la nariz equívoca* (en francés, sinónimo de *ambiguo*; cuasi sinónimo de *indeterminable*, *misterioso*, *secreto*; en sentido peyorativo respecto a un individuo o su comportamiento: *dudoso*, *sospechoso*, *cuya naturaleza incierta no inspira confianza*) o, admitiendo la forma sustantiva, *la nariz equívoco*, que no conviene desestimar en su acepción de figura retórica, tan del gusto ducharmiano y equiparable, en francés, con el calambur -de hecho no existe diferencia entre una *rime-calembour* y una *rime équivoque*, también llamada por los griegos «*omiotóton*, (...) i esto es en nuestros versos caer en un mismo sonido. Tales versos se nombran leoninos, o equívocos en lengua Latina, y son viciosos.*», según Fernando de Herrera en el estudio que dedica al poeta el hispanista Adolphe Coster-. Véase el caso al yuxtaponer los títulos resultantes: «*Le nez qui (é)voque (é)quivoque*», *la nariz que evoca equivoca*; o «*Le nez (é)quivoque (é)voque*», *la nariz equívoca/o evoca*. Y, siguiendo el rastro al equívoco y haciendo de nuestra nariz un «*vrai calembour*» (*juego de ingenio ba-*

sado tanto en palabras que cobran un doble sentido, como en un equívoco de palabras, frases o elementos de frase que se pronuncian de forma idéntica o aproximada pero cuyo sentido es distinto), si suplantamos el significado de «*nez*» por el de su homófono «*n'est*», en su sentido formal de negación o negativa, resultados como *la negación que evoca; la negación/tiva equívoca; la negativa/ción equivoca...*, o incluso *el rechazo equívoco* (uno de los favoritos del editor) no nos resultarán tan dispares una vez leída la novela. Enlazando los homófonos dentro de la misma frase, las formas y sentidos se disipan y disparan en múltiplo de variantes acrecentando, al grado de la que viven y muestran los personajes en su desarrollo, la *confusión* (también sinónimo de *équivoque... por extensión: situación de incertidumbre, de ambigüedad, que deja indeciso*), que se amplía, expande y extiende cual nariz de Pinocho, cuando, tal como el título precisa en su imprecisión, debería mantener su forma de panoja pantagruélica, *todo sedienta*, todo absorbente, para que la *evocación* no se evapore y quede concentrada, con el aroma de todos los siglos afines al autor, en el *equívoco* ascendente en forma de figura retórica. Llegados a este punto, a partir del cual en vez de aclarar, todo empezaría a difuminarse en un (di)vagar poco meritorio para la atención del lector, a quien desde estas páginas se *evoca* para aproximar su olfato al elemento verdadero y hacer boca con su título, podemos apre-

ciar dónde aparece la «*équivoque*»[†] en este último y dónde cabe el equívoco en su traducción por

Miguel Rei,
al arranque de la 73ª Feria del Libro en Madrid.

[Como siempre, tarde –el editor.

Apecha con tu trabajo y ojo dónde metes la nariz –yo. Esta vez, pongo tu nombre en portada, no vaya a ser que Alberto Manguel vuelva a sacarme los colores a cuenta de tu modestia. Por cierto, si algún día te calzas el coturno y quieres prescindir de seudónimo, adviértemelo; te veo muy ludocharmiano –quién narices va a ser.

Basta con el que tengo. ¡Qué... falta de olfato! –M. R. ¡Ese es el título! –el que por norma tiene la última palabra. ¿Falta de olfato? Ahí sí cabe «*l'équivoque*». Como siempre, tarde –quien, por contra, tiene la última palabra-; ya no queda otra que... –ambos al unísono y en concordia:- colocarlo en la página siguiente, ¡Y EN DISYUNTIVA!]

* «*Para un vocabulario de la rima española*», de Daniel Devoto. «Annexes des Cahiers de linguistique hispanique médiévale.» Vol. X. 1995.

† Todas las definiciones en cursiva extraídas de Le Tresor de la Langue Française Informatisé, salvo la de *apóstrofar*, en caracteres normales, que pertenece al DRAE, 22ª edición.